

neda se ha de mezclar un metal duro al oro fino?

El corazón sin disciplina nos pierde, se destroza con sus propias fuerzas. Y estas fuerzas—no lo olvidemos—se saben colocar en segundo término para gobernar a su sabor el juego. Disimulándose, operan sobre la imaginación, la conducen al logro de razonamientos gratos. Pero debemos relacionar los actos con sus móviles genuinos, ponerlos frente a sus causas originales y medir sus consecuencias definitivas.

Así andaremos seguros y andaremos lejos, fecundos pero felices.

Y hay tiempo para todo, nos recordó Darío:

Ya nos los dijo el Eclesiastés:
tiempo hay de todo: hay tiempo de amar,

tiempo de ganar, tiempo de perder,
tiempo de plantar, tiempo de coger,
tiempo de llorar, tiempo de reír,

tiempo de rasgar, tiempo de coser,
tiempo de esparcir y de recoger,
tiempo de nacer, tiempo de morir.

EDUARDO BARRIOS

Santiago de Chile,
diciembre de 1923.

(*La Nación*, Buenos Aires).

Eduardo Barrios

Su última novela, *El Hermano Asno*, ha sido recibida por la crítica hispano-americana con tan encendido elogio que Vicente Salaverri lo ha llamado el primer novelista sudamericano. Es este libro un relato tejido en torno a la vida de un convento franciscano. Tiene la perfección de forma que revela la madurez de un arte. La narración se desenvuelve como una madeja de seda, sin artificio, con una sencillez muy humana. En la novela anterior, *Un Perdido*, Barrios, como los grandes novelistas rusos, se entra en la marejada de la vida, buceador vigoroso. Es una obra densa de acontecimientos, noblemente desnuda: el estilo se olvida para dejar el relato solamente erigirse como un inmenso bajo relieve, quemante de verdad y torcido de dolor. *Un Perdido* tuvo dos ediciones en Chile y una en la Argentina, en la colección de Grandes Novelistas Americanos que publica Manuel Gálvez. La novela precedente, *El niño que enloqueció de amor*, es un delicadísimo poema en prosa, pero mantiene su rango de novela por la psicología sutil y el manejo hábil de la fábula. Ha publicado, además, comedias dramáticas, sin duda las mejores de nuestro teatro: *Vivir y Lo que niega la Vida*.

Eduardo Barrios es un escritor joven: treinta y seis o treinta y ocho años. No es su caso el de la mayoría de los escritores sudamericanos, en los cuales el primer éxito se estanca o se continúa

con una dolorosa mediocridad. Ha tenido su arte el callado y divino madurar de la rosa y ya se ve en su obra el círculo perfecto, gozo de la mente y de los sentidos.

El conocimiento de las almas le viene de su juventud azarosa: entibieron su sangre todos los climas de la América; rozaron su corazón los ambientes más diversos: este hijo de una dama de la aristocracia limeña ha sido sucesivamente obrero, comerciante, oficinista y escritor. Como la buena arcilla de que Dios moldeó al primer hombre, hay en su vida polvo de todos los senderos y de todas las cosas.

Sin ser uno de esos novelistas líricos que han arruinado la novela en nuestros países, «alegándola en flores», ha sabido ser realista e idealista a la par: es su

realismo el del paisaje cuando se copia en la pupila humana, donde se suaviza y se abrevia exquisitamente.

Y hay además del gran escritor de nombre definitivo en Eduardo Barrios, un noble varón. Se ha depurado el alma como el estilo más macerado, y esa obra consciente, que su raza ya mira con orgullo, es el reflejo del escondido proceso espiritual, que conocemos los que hemos tenido largamente su vida junto a nosotros, como la rama extendida sobre la frente del que se sienta a sus pies, protegida por ella.

¡Qué suave y amiga sombra nos ha dado, hermano Eduardo Barrios, noble corazón!

GABRIELA MISTRAL

(*Pictorial Review*, New York, N. Y.)

Página lírica

de Carlos Luis Sáenz

HAGIA SOFIA

A DON MIGUEL DE UNAMUNO.

Todo sigue igual, palabras que un cable del 8, VIII, 24 pone en boca de Primo de Rivera.

Templo de oro tenías en Salamanca,
—¡ya en los antiguos memorables días,
por tu causa también Fray Luis sufría!—
pero hoy la España está débil y manca!

Para baldón de un pueblo y de una raza,
pueblo que fue pujante cual ninguno,
raza que tiene un Maestro en Unamuno,
la bárbara razón hoy te amordaza!

La razón del señor de horca y cuchillo!
—Aún se echan a la hoguera los tesoros
de la Sabiduría; aún los moros
tienen su lanza en sangre de sencillos!

Al exégeta magno de el *Quijote*—
—a quien tú le acordaste el don divino
del aticismo en lenguaje latino,—
la sinrazón lo confinó a un islote!

¡Hagia Sofía, tu noble aristocracia
padece mengua en nuestra madre España,

tu luz no se ha hecho todavía en su entraña
donde roe la «frailuna aristocracia»!

¡Hagia Sofía, se mancilló la espada,
—¡tu pluma es hoy la que redime al mundo,
abriendo el surco espiritual, profundo!—
armas y letras ya no van aunadas!

¡Hagia Sofía, vuelve al hispano el seso,
—que en este siglo, la ignorancia armada,
contra tu magna luz no puede nada,—
y tu eres la creadora del progreso!

¡Hagia Sofía, torna a Salamanca,
vindica a España en Miguel de Unamuno,
ya que su verbo, libre cual ninguno,
del pueblo hispano su energía arranca!

Heredia, agosto 8 de 1924.

LA NOCHE DE ABRIL

Ya se entenebrece
toda la pradera
y la noche crece,
desnuda y señera.

Se pierden los pinos
en el cielo oscuro;
ciegos los caminos,
en sombra los muros.

¡Cielo anubarrado
como una alma hostil!
¡ni una hoja se mueve...

...Dulcemente llueve
sobre los collados,
la noche de abril!

San José, abril 23 de 1924.

